

EXPERIENCIAS DISPERSAS

En los primeros años, paralela o inmediatamente a sus tres importantes edificios de Madrid, Palacios realiza una serie de obras de menor envergadura en las que, a la vez que lleva a cabo una experiencia multipolar y fecunda, deja reflejos de las obras de mayor aliento.

Lo común a todas estas obras es, en términos generales, una búsqueda continua de un estilo, expresado ornamental y constructivamente a la vez, propio del carácter programático de la obra. A la vez, desarrolla constantemente una busca de originalidad, preeminente-mente decorativa, para salir de los hábitos convencionales y huir sistemáticamente de la superficialidad y minucia de las ornamentaciones de estuco o cemento generalmente utilizadas en la arquitectura contemporánea suya. Por ello mismo existe siempre en la obra de Palacios un análisis de las propiedades tectónicas de

los materiales y de su capacidad de ornamentación intrínseca. A la vez, por los mismos motivos, se preocupa de la experimentación con materiales nuevos, para obtener nuevos recursos expresivos.

El rasgo más significativo de la obra palaciana, desde su origen, y una de las cualidades con las que llega a ejercer un influjo depurador, a veces inconscientemente adquirido, en la arquitectura de su tiempo, es la decisión de emplear siempre los materiales expuestos sinceramente y obtener la riqueza y expresividad sustanciales de los edificios a base de una combinación adecuada de diversas materias.

En las obras de mayor calidad existe un virtuoso manejo de materiales nobles y ricos, casi desaparecido de la arquitectura media de la época, mientras en las obras de menor categoría y presupuesto se pone de manifiesto una original habilidad para encontrar un

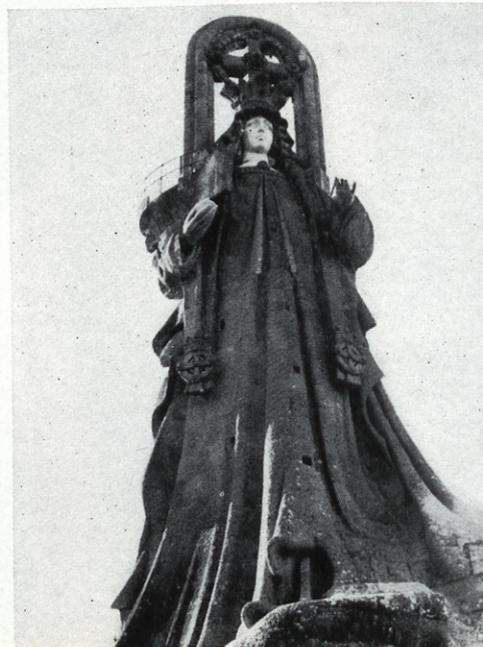
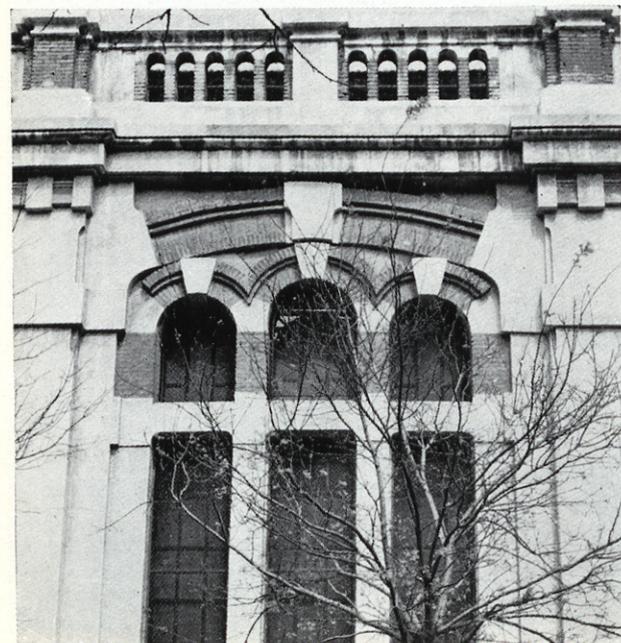
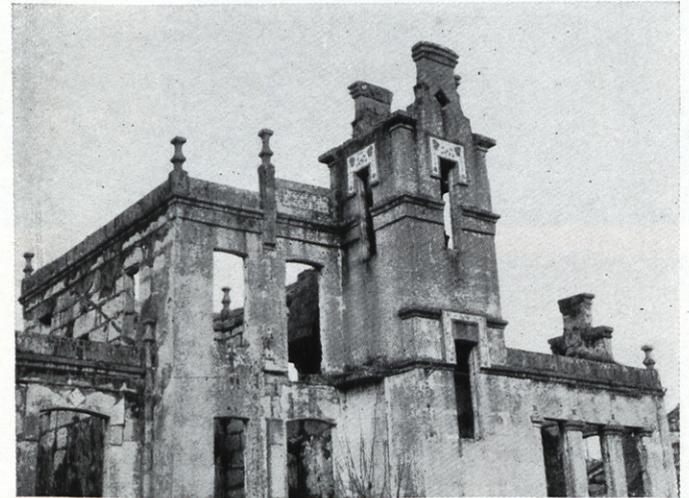
tratamiento plástico enjundioso con los materiales más sencillos.

Especialmente la manipulación virtuosa y profunda de la piedra—el granito, con preferencia sobre las demás—constituye uno de los rasgos más exitosos y definitorios de la obra de Palacios en su primera época. Gran parte de la manera personal de moldurar y tratar plásticamente los elementos formales está condicionada por el trasfondo de una arquitectura—con ecos de la barroca gallega—decisivamente influida en sus rasgos estilísticos por el granito y sus propiedades escultóricas.

Una de las constantes en todas estas obras, mantenida en casi toda la obra posterior, es la utilización de la cerámica tradicional de reflejos metálicos, como un elemento apto para los enriquecimientos ornamentales aplicados, a la vez que como material de simple



Talleres del I.C.A.I., Virgen de la Roca y Escuelas Fernández Areal.



revestimiento, en contraste con otros materiales de capacidad y expresión mecánicas. Para este material, casi constante en toda su producción, pero experimentado exhaustivamente en la obras de esta época, Palacios utiliza los dibujos corrientes del mercado y algunos diseñados por él mismo, como los de la Escuela Fernández Areal de Porriño. En Correos y en el Hospital de Cuatro Caminos hay un frecuente empleo de azulejos de reflejos metálicos para revestimientos protectores, con efectos decorativos, como en las contrahuellas de la mayoría de las escaleras. En la capilla del Hospital logra unos efectos cromáticos y texturiales realmente sorprendentes a base de la misma cerámica cobriza. De todos modos, donde emplea al máximo estos materiales es en el "Metro" madrileño.

Una de las obras más interesantes de la primera época de Palacios, mientras su atención está centrada principalmente en Correos, el Banco del Río de la Plata y el Hospital de Cuatro Caminos, son los talleres del Instituto Católico de Artes e Industrias, en la calle de Alberto Aguilera, en Madrid.

La particularidad más salientes de esta modesta construcción es la incorporación del ladrillo como elemento definidor de una tectónica particular, que aquí se combina con la de la piedra.

La articulación de los muros externos, algunos ciegos está verificada mediante una descomposición analítica de partes de ladrillo y partes de piedra, con una cierta estereotomía derivada de sus propiedades resistentes. El proceso, que se asemeja a algunas facetas de la arquitectura de Berlage, surgido de nuevo en la cú-

pula de la iglesia de Panjón, proporciona una jugosidad plástica que se sitúa a medio camino entre la cuidada y virtuosa escultoricidad de Correos y la rusticidad expresionista del Hospital de Cuatro Caminos.

En el interior, desnudo y exclusivamente utilitario, los únicos elementos decorativos son los constantes recubrimientos de azulejos.

La Escuela Fernández Areal de Porriño es una obra de 1910 en que el granito está empleado sistemáticamente con una simplificación formal derivada directamente del mismo material.

Esto produce una cierta elementalización de los esquemas figurativos de Correos, de los que procede fundamentalmente la Escuela de Porriño. La tendencia a "empenachar" las formas, aquí descompuesta en planos, cubriendo los hastiales de las simples cubiertas inclinadas, prolongándolas en altura, y la acentuación lineal de las compartimentaciones verticales dan, en este caso, unas siluetas mucho más geometrizadas que presentan, a su vez, un aire "secesionista" bastante señalado, marcando el poso modernista, decantado en Otto Wagner, sin duda, que indudablemente está soterrado en la primera obra de Palacios.

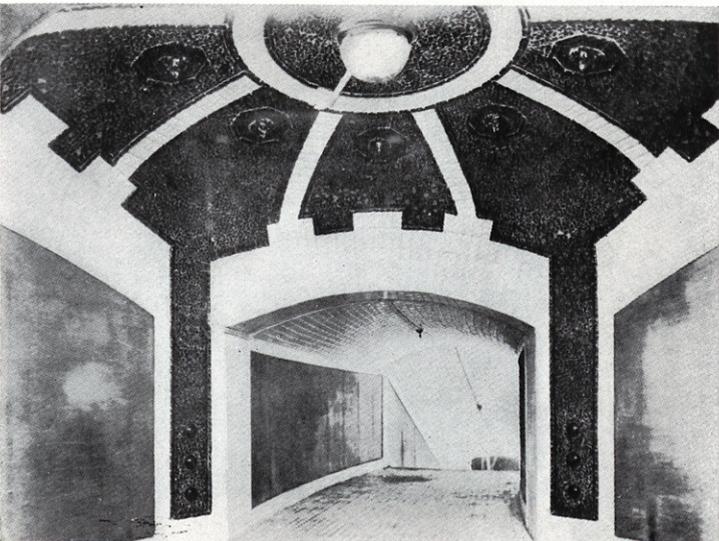
El marcado contraste que presenta la textura rugosa de las paredes de granito, casi desnudas, con los escuetos toques ornamentales de los azulejos de temas florales estilizados, asimismo de filiación modernista, resulta uno de los mayores aciertos de Palacios, con unos medios expresivos más limitados que en ninguna otra obra.

Desgraciadamente, este edificio, una pequeña obra maestra, está actualmente en ruinas y desaparecerá pronto, con seguridad.

Pocos años después, en 1915, hace Palacios, en el mismo Porriño, otra obra análoga de medios, granito y pequeños emplacados de cerámica, la farmacia de su hermano José, que es casi un puro divertimento formal y dibujístico. El estudio de la estereotomía de los grandes bloques de granito está como supeditado al ejercicio del trazado manual, un tanto arbitrario y amanerado, consistente en combinar un gran arco con una serie de contrafuertes verticales; una absurda columna centrando la composición acentúa el carácter anecdótico de esta obra.

La Virgen de la Roca es una curiosa obra, construida en un magnífico emplazamiento en Bayona, cerca de Vigo, que, aparte de la singularidad pintoresca de ser una estatua de 17 metros de alto, accesible por su interior, presenta la peculiaridad de ser la obra de Palacios en que aparecen más claros rasgos modernistas. Toda la parte baja del manto de la estatua, con los accesos y las pequeñas terrazas, está tratada con una blandura y sinuosidad escultórica que recuerda bastante a Gaudí. La concepción volumétrica y textural de la piedra se aleja bastante de la manera habitual en Palacios de manejar este material en bloques y proceder en su unión como por ensamble, y se acerca más a las delicuescencias curvilíneas del Art Nouveau que ninguna otra obra suya. Sin embargo, la corona de barro

Detalles de la decoración de las estaciones del Metro. Templete exterior de la estación de la Red de San Luis.



vidriado y la incrustación de piedra blanca en cara y manos demuestra el habitual concepto cromático de Palacios, de jugar con materiales de distintas texturas y coloridos sin enmascaramientos.

Entre 1919 y 1921 Palacios, ligado de nuevo a los Otamendi, participó en la parte arquitectónica de las construcciones del "Metro" de Madrid.

La parte más importante de su labor fue el revestimiento de las estaciones, hoy desaparecido en la mayoría de ellas. Los materiales utilizados fueron casi exclusivamente los cerámicos, que antes había empleado Palacios esporádicamente en la mayoría de sus obras. La cerámica sevillana, alternada con azulejos vulgares, le dio pie para desarrollar unos diseños ornamentales planos, basados exclusivamente en juegos lineales y cromáticos. En ellos desarrolló numerosas experiencias ornamentales abstractizantes, elaborando las posibilidades de combinación de azulejos diversos, de mosaicos realizados con piezas rotas—tal vez con recuerdos de Gaudí—y piezas cerámicas escultóricas, modeladas muchas por el mismo Palacios.

A la vez realizó algunos elementos de acentuación de los accesos, entre los que destacan los templete de Sol (desaparecido) y el de José Antonio.

Es de destacar, en toda la labor que Palacios realizó para el Metro, la preocupación por hacer sus resoluciones teniendo en cuenta el contexto urbano, haciendo con ellas enfatizaciones de las características ciudadanas de las distintas zonas por las que atravesaba el Metro. "... en cada una se dispuso un acceso de modo diferente, adaptándolo a su emplazamiento y armonizando su forma y decoración con el ambiente propio de la zona urbana que la rodea".

En algunos detalles de los talleres y cocheras aparece la indudable mano de Palacios, repitiendo muchos temas formales y constructivos del Hospital de Cuatro Caminos y de los talleres del I.C.A.I.

El templete que Palacios proyectó para la estación de Metro de la Red de San Luis es una pequeña obra maestra en la que aparecen condensados casi todos los factores fundamentales de su obra.

En primer lugar, la estación surge en la superficie como una señalización visual de un importante núcleo urbano, casi como un monumento en la calle. Realmente, aún hoy día, la Red de San Luis es un enclave circulatorio focalizado y ordenado por este pequeño templete. Pero, a la vez, Palacios utiliza como pretexto para la monumentalización un elemento estrictamente funcional: los ascensores y escaleras, sobre el cual vuelca su énfasis expresivo.

El lenguaje particular palaciano se manifiesta aquí con uno de sus temas favoritos: la simbiosis entre materiales heterogéneos, la piedra con su molduración y monumentalidad potentes y la estructura metálica, más que vista, exhibida con un regusto casi ornamental.

Donde más clara aparece la maestría de Palacios es en el proceso lingüístico, lleno de seguridad y exuberancia, aplicado a estos materiales. Palacios presenta todos los elementos desarticulados y enfatiza su acoplamiento, para señalar a la vez su individualidad y su composición conjunta. Casi sin sitio por el poco tamaño aparecen claramente desglosadas cada una de las piezas del conjunto, tanto formal como constructivamente, y la molduración se pliega a esta manifestación del ensamble. Los dinteles laterales, por ejemplo, son piezas soberbias, análogas a los zócalos del Banco del

Río de la Plata. Diferenciados con claridad, los toques gratuitamente ornamentales están exhibidos como tales; así las grotescas bolas de remate o los pequeños leones heráldicos.

Algo semejante, aunque sin la jugosidad del templete del Metro, ocurre con otra pequeña obra: el Panteón de la familia Fernández Aguilera, en el Cementerio de San Isidro de Madrid, de 1929. Aquí sólo el granito pulimentado y las aplicaciones decorativas de cerámica vidriada constituyen los medios materiales de que se sirve la segura y enjundiosa mano de Palacios. Algunos detalles posteriores del templo de Panjón están anticipados en esta capilla en miniatura.

La fuente de Mondariz, acabada en 1920, que sirve para alojar el manantial de las famosas aguas medicinales, realizada junto con algunas reformas del Balneario, es una obra singular por su misma fidelidad a los modelos estilísticos históricos.

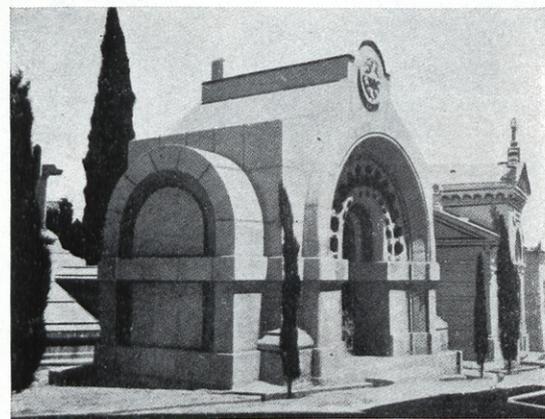
Parece un puro ejercicio de virtuosismo estilístico, en que se haya propuesto captar la esencia de la arquitectura romana tardía, creando un "ninphaeum" cuya calidad espacial y formal resiste la comparación con las buenas obras tardo-romanas o con algunos ejemplos palladianos.

Consiste esta pequeña obra en una cúpula semi-esférica lisa, iluminada en sus lados, y prolongada en nichos semicirculares, calados, soportados por los órdenes más clasicistas que Palacios nunca hiciera.

Los toques personales—la manera ruda y amplia de moldurar y tratar la piedra, las vidrieras coloreadas y la aplicación de cerámica de reflejos metálicos—se supeditan completamente al aire "antiguo" de esta extraña obra palaciana.



Metro de la Red de San Luis.



Panteón Fernández Aguilera y pabellón de la fuente de Mondariz.

